

Francisco José GONZÁLEZ PRIETO

La ciudad menguada: población y economía en Burgos, siglos XVI y XVII

Santander, Universidad de Cantabria, 2006, 312 pp.

El justo interés que despierta la aparición de una obra sobre algún aspecto de la población y la economía de la España moderna es aún mayor cuando se trata de un caso de gran relevancia, como el de la ciudad de Burgos, cuyo comportamiento, independientemente de las peculiaridades que presenta, no podía dejar de sentirse en el conjunto de Castilla. La que ahora comentamos, resultado de una investigación de Doctorado, no es la primera que aborda el estudio de la población burgalesa y su estructura económica, pero sí la más completa, depurada y ambiciosa gracias a la variedad de fuentes que se manejan, la crítica rigurosa a que son sometidos los datos disponibles y el largo plazo escogido para su estudio. Se añade así un nuevo título a una rica tradición historiográfica, en la que destaca uno anterior del mismo autor sobre la evolución demográfica de la montaña burgalesa en los siglos XVI y XVII (“La evolución demográfica de la Castilla del Norte. Las merindades de las ‘Montañas de Burgos’ (1510-1705)”, en F. J. Aranda, coord., *El mundo rural en la España Moderna*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2004).

El principal rasgo de la evolución de la ciudad se resume con brevedad y elegancia en el título: el crecimiento urbano que arrancaba de la Baja Edad Media culminó hacia 1540 y dio paso en seguida a un declive muy pronunciado, más temprano y acusado que en el resto de Castilla. Vecindarios y bautismos señalan un estancamiento con suave tendencia al declive antes de 1561, un rápido hundimiento en los años 1565-1575 y 1610-1620, seguido por otro más atenuado en 1620-1635, cuando se llegó el fondo de la depresión, y una estabilización posterior con débiles signos de cambio de tendencia en 1660-1675 que, sin embargo, no impidieron una ulterior caída del número de bautismos. La ciudad de Burgos pasó de 4.500-4.700 vecinos en 1534 y 4.385 en 1561, a 1.881 en 1694, habiendo perdido, por tanto, más de la mitad de sus habitantes. A tenor de los gráficos incluidos en el texto, su población parece haber disminuido en el curso de la depresión castellana más que la de las comarcas cercanas, como las Merindades, y que la de otras ciudades como Ávila, Palencia, Segovia, Valladolid o Zamora, aunque una comparación más precisa requiere el uso de las series parroquiales para elaborar índices agregados de ámbito geográfico mayor.

El autor sostiene, con razón, que la mortalidad catastrófica desempeñó un papel importante en la decadencia urbana, pero no más decisivo que el de otros factores. Las epidemias de peste de 1565 y 1599 fueron, de acuerdo con los índices de intensidad de Hollingsworth y Del Panta-Livi Bacci, mucho más graves que otras crisis, entre las que destacan las de 1530, 1615-1616, 1630-1631, 1683-1684 y 1699. En concordancia con esta secuencia, los saldos naturales fueron muy negativos, al menos en

1615-1638 y 1651-1660, y probablemente también en los años intermedios en los que la información es incompleta, pero las últimas décadas del siglo están salpicadas por ligeros saldos positivos que, de todos modos, no debieron de ser suficientes para afianzar la recuperación demográfica. La clave parece haber estado, por tanto, en el comportamiento de la emigración, la nupcialidad y la fecundidad matrimonial. Estas variables guardan una estrechísima relación con la economía a través del gasto privado, de cuyo volumen y evolución dependen tanto la demanda de trabajo como el empleo, que a su vez atraen nuevos pobladores y animan a los jóvenes a casarse. Aunque los libros de matrimonios son muy pocos, lo que limita el alcance de la investigación en esta época, sabemos que las principales áreas de inmigración se encontraban en las comarcas adyacentes, las Merindades, Álava, La Montaña y Vizcaya, pero esta corriente parece haberse secado en el curso de la depresión. Lo que aún queda por saber, respecto a Burgos y a otras ciudades, es en qué medida el comportamiento demográfico responde a un modelo específicamente urbano de alta mortalidad y baja fecundidad y hasta qué punto comparte los rasgos característicos del entorno rural.

En comparación con otras poblaciones urbanas, Burgos era una ciudad pequeña, incluso en el momento de su máximo esplendor. No podía ser de otra manera debido a la general pobreza de su entorno agrario, que limitaba el ingreso *per capita*, y al enorme peso de las actividades mercantiles en el conjunto de la economía urbana, que orientaba la inversión hacia actividades que generaban una débil demanda de mano de obra. El análisis de la población activa y otros aspectos de las estructuras urbanas descansa sobre la rica información que ofrece la averiguación de alcabalas de 1557-1561. Conviene recordar que el padrón se refiere a los cabezas de casa, de modo que los criados, las mujeres y los trabajadores eventuales empleados en el servicio doméstico, el mercadeo, la construcción y los lavaderos de lana no alcanzan el peso que en realidad debían de tener. Con todo, y tras corregir algunas lagunas con datos procedentes de los protocolos notariales, varios rasgos fundamentales aparecen con suficiente claridad.

Primero, el empleo agrícola alcanzaba una proporción no despreciable, pero escasa, sobre todo si los llamados “trabajadores” se consideran como activos a tiempo parcial en ocupaciones diversas y no necesariamente como jornaleros del campo.

En segundo lugar, la industria muestra la diversidad propia de una actividad orientada a satisfacer la demanda local de bienes de consumo esenciales, así como un predominio de la confección de bienes finales, como calzado y prendas de vestir, sobre la elaboración de bienes intermedios como hilado y tejido. Si estos utilizaban lanas bastas de la tierra y se vendían preferentemente en la ciudad, los primeros empleaban cueros y paños de importación y alcanzaban cierta reputación en los mercados regionales. Su desarrollo parece haber estado muy unido a los cambios fiscales, pues una vez suspendidas importantes desgravaciones en la alcabala en 1557 se

produjo un acusado declive industrial. No faltaron burgaleses que hicieron importantes inversiones en la industria lencera de Flandes con el fin de atender la demanda castellana y completar los retornos en contrapartida por los embarques de lana. Por tanto, si la industria textil adquirió los rasgos señalados no fue por falta de materia prima ni de iniciativa empresarial. Las industrias del metal también generaban abundantes empleos gracias a la demanda derivada del transporte y, sobre todo, a la Casa de la Moneda y a la Fábrica de Artillería. La actividad en estos dos centros, al igual que en los lavaderos de lana y en la construcción, presentaba un fuerte carácter estacional, razón por la cual eran muy numerosos los trabajadores eventuales, la mayoría procedentes, según los contratos conservados en los protocolos notariales, de las principales áreas de inmigración.

El tercer rasgo de la estructura ocupacional de la ciudad es el peso aparentemente menor de los servicios en comparación con otras ciudades del reino, pero esto puede ser resultado de dos fenómenos: uno, la omisión del clero regular, de la mayor parte del servicio doméstico y de no pocos mercaderes, y, dos, el hecho de que la principal actividad urbana, el comercio de tránsito, realmente genera pocos empleos, aparte de la estiba, el transporte y la hostelería.

¿Cuáles son los factores que explican los flujos de inversión del capital mercantil, del cual depende la demanda de trabajo? Se trata de algo que esperamos sea abordado en futuras investigaciones, de las que ésta es un evidente anticipo. Por el momento parece que la caída de las exportaciones laneras arrastró consigo a la industria y a la construcción, reduciendo el atractivo que la ciudad irradiaba en las comarcas vecinas por medio de las migraciones. La ruina de los barrios altos donde se alojaban los menestrales, frente al aumento relativo de la población del barrio de la Vega —que ofrecía servicios a los viajeros—, indica, a juicio del autor, que la industria debió de perder peso en el conjunto y que la ciudad de Burgos reforzó la función tradicional de mero tránsito de mercancías, aunque notablemente disminuida.

La lectura de este libro resulta, en fin, altamente provechosa para el estudioso, que recibe la impresión de estar ante una obra muy sólida, pero también muy prometedora, pues a lo largo de sus páginas se deja entrever que forma parte de una investigación de mayor alcance. Sólo nos cabe animar al autor a proseguir su importante tarea.

Ramón Lanza García
Universidad Autónoma de Madrid